



TIEMPO DE MEMORIA

Ernst Jünger

RADIACIONES II

Diarios de la Segunda Guerra Mundial
(1943-1948)

TUSQUETS
EDITORES

ERNST JÜNGER
RADIACIONES II
Diarios de la Segunda Guerra Mundial
(1943-1948)

Traducción de Andrés Sánchez Pascual

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Strahlungen II: Das zweite Pariser Tagebuch, Kirchborster Blatter, Die Hütte im Weinberg (Jahre der Okkupation)*

1.ª edición en colección Andanzas: mayo de 1992
1.ª edición en colección Tiempo de Memoria: octubre de 2005
1.ª edición en esta presentación: mayo de 2024

© 1979 Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart
La base de esta edición es el volumen III de las *Obras completas* de Ernst Jünger, editadas por Klett-Cotta

© de la traducción: Andrés Sánchez Pascual, 2024
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-475-9
Depósito legal: B. 6.083-2024
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

Segundo diario de París	9
Hojas de Kirchhorst.	271
La cabaña en la viña. Años de ocupación	369

Segundo diario de París

París, 19 de febrero de 1943

Ayer por la tarde salida hacia París. Perpetua* me llevó al tren y estuvo un largo rato, mientras yo partía de la estación, haciendo señas de despedida con la mano.

En el vagón charla con dos capitanes, los cuales opinaban que Kniébolo** atacará este año con nuevos medios, probablemente con gas. No era precisamente que ellos pareciesen aprobar tal cosa, pero se limitaban a esa pasividad moral que es una de las características del hombre moderno. Los argumentos más eficaces en estos casos continúan siendo los técnicos; así, por ejemplo, el de que, si los alemanes nos encontrásemos en inferioridad aérea, semejante atrevimiento equivaldría a un suicidio.

Si Kniébolo abriga esos planes, las consideraciones determinantes serán las de política interior, como ocurre en todas las cosas que él concibe. La propaganda pasa por delante de todo lo demás. Lo que le importaría en ese caso sería abrir entre los pueblos un abismo tal que no pudiera salvarlo ni la mejor voluntad del mundo. Al obrar así actúa de conformidad con su *genius*, el cual estriba en la separación, en la división, en el odio. Uno ha llegado a conocer a los tribunos.

A este respecto, un detalle esclarecedor: cuando tales espíritus reciben noticias de atrocidades cometidas por la parte contraria, el efecto producido en su rostro no será la indignación, sino un brillo de alegría demoniaca. De ahí que, en el reino de las tinieblas, el difamar al enemigo forme parte del servilismo de los cortesanos.

Tras haber visto ciudades como Rostov, París se me aparece con un brillo nuevo, inaudito, aunque la depauperación ha seguido avanzando. Lo único que queda son los libros; he festejado mi reencuen-

* *Perpetua*: nombre que Jünger da en sus diarios a su primera esposa, Gretha von Jeinsen (1906-1960), con la que contrajo matrimonio en 1925 y de la que tuvo dos hijos, Ernst (Ernstel) y Alexander. (*N. del T.*)

** *Kniébolo*: nombre con que Jünger designa en sus diarios a Hitler. (*N. del T.*)

tro con ellos adquiriendo una hermosa monografía sobre Turner. En ella he encontrado el relato de su extraña vida, que hasta ahora desconocía. No es frecuente que la llamada del destino se exprese de una manera tan perentoria. En sus últimos años Turner ya no pintaba, sino que se daba a la bebida. Siempre habrá así artistas cuya vida dura más que su misión: ocurre especialmente cuando el talento se manifestó pronto. Tales artistas se parecen entonces a esos funcionarios jubilados que se abandonan a sus inclinaciones, como Rimbaud a ganar dinero, y Turner, a beber.

París, 21 de febrero de 1943

Comida en la Tour d'Argent, en compañía de Heller y del pintor Kuhn. Hablamos de que los libros y los cuadros causan efecto aun si nadie los ve. «Pues en el interior sí está hecho.»* Es este un pensamiento que a los hombres de nuestro tiempo va haciéndoseles inconcebible a medida que incrementan la comunicación y la circulación, es decir, a medida que van sustituyendo los vínculos espirituales por los técnicos. ¿Es que lo que importaba era que las oraciones de un monje las oyese también aquellos a quienes iban a beneficiar? Wieland sabía todavía eso; le dijo a Karamsin que en una isla desierta él habría escrito sus obras con el mismo celo, seguro de que habrían llegado a oídos de las Musas.

Luego, todavía, en el hotel Meurice, donde Kuhn, que cumple allí su servicio como cabo de segunda en el equipo del comandante en jefe, estuvo enseñándonos cuadros suyos; me gustó especialmente una paloma de plumaje multicolor, cuyos tonos rosados y oscuros se fundían con los de una ciudad que aparecía al fondo: *Crepúsculo en la ciudad*. En el camino de vuelta fuimos charlando de eso y también acerca del crepúsculo como ambiente y de la influencia que ejerce. El crepúsculo convierte a los individuos en personajes — despoja a las personas de sus particularidades y hace que resalten con un significado universal, con el significado, por ejemplo, de varón, de mujer, de ser humano. Se parece así al artista; en efecto, para que este vea figuras, personajes, es menester que aiente en él también mucho crepúsculo, mucha oscuridad.

Hace un momento, a última hora de la tarde, he estado hojeando

* Expresión de Goethe, varias veces citada por Jünger en estos diarios. Véase, más adelante, págs. 602 y 603. (*N. del T.*)

todavía un número de 1939 de la revista *Verbe* y en él he encontrado unos textos de Pierre Reverdy, autor que me es desconocido. De ellos extraigo las frases siguientes:

«Estoy armado con una coraza hecha únicamente de errores».

Être ému, c'est respirer avec son cœur.

«Su flecha está envenenada; la ha sumergido en su propia herida.»

En las paredes de los edificios de París puede verse ahora con frecuencia el número *1918*, escrito con tiza. También: *Stalingrado*.

¿Quién sabe si no ocurrió en esas ocasiones que, a la vez que nosotros, los alemanes, también fueron vencidos ellos, los franceses?

París, 23 de febrero de 1943

Por la mañana estuve viendo un álbum de fotografías tomadas por la Sección de Propaganda durante la voladura del barrio portuario de Marsella. Una vez más ha quedado arrasado allí un lugar que se sus- traía a las normas y al que yo había llegado a querer.

Durante el descanso del mediodía intercalo ahora siempre un festín para los ojos. Así, hoy he estado hojeando mi Turner; en sus marinas, de tonos verdes, azules y grises, hay una gran frialdad. Dan la apariencia de esa profundidad que nace de los reflejos.

Luego en el pequeño cementerio del Trocadéro, donde he vuelto a ver el mausoleo de Marie Bashkirtseff; se percibe en él a la difunta con una presencialidad impertinente. Estaban ya en flor diversas plantas, como el alhelí amarillo y el musgo de colores.

En la librería de la plaza de Victor Hugo encontré todavía una serie de obras de Léon Bloy, autor al que quiero estudiar más a fondo. Cada una de las grandes catástrofes produce efectos también en las existencias de libros y empuja al olvido a legiones de ellos. Después del terremoto es cuando se ve cuál fue el terreno del que se fio el autor en tiempos de seguridad.

A última hora de la tarde he dado un corto paseo. Nunca antes había visto una niebla tan espesa — hasta tal punto que los rayos de luz que se filtraban por las rendijas de la ciudad oscurecida parecían sólidos como vigas, contra las cuales temía yo que iba a chocar. También he encontrado a muchas personas que preguntaban por dónde caía la Étoile, sin que yo pudiera indicarles la dirección; y, sin embargo, estábamos en el centro mismo de ella.

París, 24 de febrero de 1943

La medida verdadera del valor que poseemos es esta: el crecimiento que los demás experimentan merced a la fuerza de nuestro amor. Por ese crecimiento nos enteramos de cuál es el peso que tenemos y también de lo que significa la terrible frase: «Dios te ha pesado en la balanza y te ha encontrado falto de peso»; es una frase que se nos vuelve clara cuando fallamos.

Hay un morir que es peor que la muerte: consiste en que una persona amada vaya matando dentro de sí la imagen con la que vivíamos en su interior. En esa persona nos extinguimos. Eso puede deberse a las radiaciones oscuras que enviamos; ante nosotros van cerrándose en silencio las flores.

París, 25 de febrero de 1943

Noche en vela. A intervalos, momentos de sopor, con sueños — primero una pesadilla, en la que se cortaba hierba, luego escenas como salidas de un espectáculo de marionetas. También melodías, que aumentaban hasta convertirse en rayos amenazadores.

De acuerdo con las leyes de una estética moral secreta, parece más digno, si uno cae, caer de cara que caer de espaldas.

París, 28 de febrero de 1943

Conferencia sobre mi viaje al frente del Este. Entretanto ha caído Stalingrado. La disyuntiva en que nos encontramos los alemanes se agrava con ello. Si, según Clausewitz, la guerra es la prosecución de la política con otros medios, eso quiere decir *implicite* que, cuanto más absoluto es el modo de librar la guerra, tanto menor es la cantidad de política que puede entrar en ella. Durante la batalla no hay negociaciones; faltan las manos libres para entablarlas y falta también aliento. La guerra en el Este es, en ese sentido, una guerra absoluta y lo es en un grado que Clausewitz no pudo imaginar, ni siquiera después de las experiencias de 1812 — es una guerra entre Estados, una guerra entre pueblos, una guerra civil y una guerra de religión, llevada hasta extremos zoológicos. En el Oeste hay todavía, por algún tiempo, manos libres. Esa es una de las ventajas de la guerra en dos

frentes, guerra que forma parte del destino, del peligro clásico que corre quien ocupa una situación en el medio. También es manifiesto que, para los responsables, la estrella de la esperanza es 1763. Envían por la noche patrullas a que escriban ese número en las paredes y a que tachen 1918 y *Stalingrado*. Pero en 1763 el meollo del milagro estuvo en que el Viejo Fritz gozaba de simpatías en todo el mundo. Kniébolo, por el contrario, es tenido por el enemigo del mundo entero y la guerra continuaría aun en el caso de que muriese alguno de sus tres grandes contrincantes, da igual el que fuera. Además, lo que en ese sueño se desea no es tanto que uno de los contrincantes tienda la mano cuanto que sucumba. Estamos así congelándonos cada vez más y no podemos deshearnos con nuestras propias fuerzas.

En el comedor había encima de la mesa puros habanos en tubos de cristal. Se cambian en Lisboa por coñac francés, del que no les gusta prescindir a los Estados Mayores de la otra parte — eso continúa siendo, de todos modos, una especie de comunicación.

Mis quehaceres oficiales han aumentado, pues se me ha encomendado la jefatura de la censura postal militar en la zona ocupada — un asunto grotesco y también, según por donde se mire, peligroso.

París, 1 de marzo de 1943

A última hora de la tarde reflexionado sobre la palabra *Schwärmen*.^{*} Podría servir de título a uno de los capítulos fundamentales en un libro sobre la historia natural del ser humano. Tres cosas forman parte del significado de esa palabra: la vibración vital intensificada, el ajuntamiento, la periodicidad.

La vibración vital, esa vibración que puede observarse, por ejemplo, en los mosquitos, es una fuerza sobreindividual; alza a los seres por encima de la especie. El ajuntamiento —el matrimonio, la recogida de la cosecha, la migración, el juego— está al servicio de los asuntos de ella, de la especie.

Sin duda en los primeros tiempos el ritmo del *Schwärmen* era completamente natural y venía determinado por la Luna y el Sol y por su influencia sobre la Tierra. Lo que es el *Schwärmen* lo sentimos de un modo maravilloso debajo de grandes árboles en flor enteramente traspasados de zumbidos. También pueden desempeñar un

^{*} *Schwärmen*: «revolotear como un enjambre», pero también «fantasear», «desvariar», «delirar». (*N. del T.*)

papel los momentos del día, como el crepúsculo, y, además, la atmósfera cargada de electricidad, como ocurre cuando hay «aire de tormenta». Esos hitos de índole cósmico-natural subyacen a los tiempos históricos y a sus mudanzas — perduran como *fechas* de las festividades, cuyo significado parece modificarse con el cambio de los cultos y de las culturas. Pero lo único que varía es la parte que consagra, la parte consagrante, mientras que la parte natural permanece idéntica. De ahí el componente pagano que existe en todas las festividades cristianas.

Por cierto que está bien elegida la expresión *Schwarmgeist* para designar un desvarío cuya esencia consiste en confundir la parte consagrante y la parte natural de las festividades.

París, 3 de marzo de 1943

A mediodía por las orillas del Sena, en compañía de Charmille. Recorrimos los muelles por la parte de abajo, desde la Place de l'Alma hasta el viaducto de Passy; allí nos sentamos sobre una barandilla de madera y estuvimos viendo correr el agua. En una rendija del muro había florecido ya una lechuga de roca; tenía siete cabezuelas de color amarillo oro y en una de ellas estaba posado un gran moscardón de un verde metálico. También he vuelto a ver varias veces, estampada en la piedra tallada del parapeto de la orilla, la pequeña concha en espiral.

París, 4 de marzo de 1943

Almuerzo con Heller en casa de Florence Gould, la cual ha tomado ahora un piso en la Avenue Malakoff. Además de ella y de Jouhandeau encontramos allí también a Marie-Louise Bousquet y al pintor Bérard.

Conversación ante una vitrina llena de objetos egipcios hallados en Rosetta. Nuestra anfitriona estuvo enseñándonos unas cajitas de ungüentos y unos vasos lacrimatorios vetustísimos, procedentes de tumbas antiguas; como si estuviera jugando, les quitaba con la uña las laminillas de color de nácar y de color violado oscuro que tenían en su superficie y que eran el sedimento dejado por los siglos; aquel polvo irisado revoloteaba en la luz. También hizo un reparto de objetos que allí había — no pude evitar el obsequio de

un hermoso escarabajo de color gris claro, con una larga inscripción en la base. Luego nos mostró libros y manuscritos encuadernados por Gruel — en una obra con ilustraciones antiguas faltaban tres hojas; ella misma las había arrancado y regalado a un visitante a quien le habían complacido.

En la mesa me enteré de algunos detalles sobre Reverdy, al que mencioné — tanto Bérard como Madame Bousquet son, en efecto, amigos suyos. Basta un único epigrama para que se recomiende, para que se desvele un espíritu.

Con Jouhandeau, cuyas *Chroniques maritales* me envió Hercule hace años, conversación acerca de su manera de trabajar. Se levanta a las cuatro de la madrugada, tras haber dormido apenas seis horas, y se pone a trabajar en sus manuscritos hasta las ocho. Luego se dirige al colegio de segunda enseñanza donde da clase. Las horas más deliciosas para él son esas horas tranquilas del amanecer, que pasa con una botella de agua caliente sobre las rodillas. Luego hablamos de la construcción de las frases, de su puntuación y, en especial, del punto y coma, al que a él no le gustaría renunciar; lo considera el sustituto necesario del punto en aquellos casos en que la frase prosigue su marcha lógica. Sobre Léon Bloy; Jouhandeau conocía por Rictus algunos detalles de su vida que me resultaron nuevos. Bloy no es todavía un clásico, pero llegará a serlo. También en el caso de las obras transcurre siempre un cierto tiempo hasta que se descompone lo que en ellas es temporal. También las obras atraviesan un purgatorio. Luego crecen por encima de la crítica.

París, 5 de marzo de 1943

Durante el descanso del mediodía en el Trocadéro, para contemplar el croco o azafrán de primavera; álzase allí en las laderas de césped, en grupos de color azul, blanco y dorado. Esos colores, que irradian desde cálices esbeltos, brillan cual piedras preciosas — se les nota que son las luces primeras, las luces más puras del año floral.

Acabado hoy *Quatre ans de captivité à Cochons-sur-Marne*, de Léon Bloy, que contiene sus diarios de 1900 a 1904. Esta vez me ha llamado especialmente la atención el hecho de que las ilusiones de la técnica no afecten lo más mínimo al autor. En medio de los enjambres humanos excitados por la atmósfera de la gran Exposición Universal de 1900, Bloy vive como un eremita antimoderno. Ve en los automóviles la aparición de unos instrumentos de aniquilación de

primer rango. Establece una relación general entre la técnica y la próxima llegada de catástrofes — así, considera que los medios para desplazarse con rapidez, como los motores y las locomotoras, son inventos de un espíritu enderezado hacia la fuga. Dentro de poco, dice, podría ser importante el llegar a toda prisa a otro continente. El 15 de marzo de 1904 utiliza por vez primera el metro; admite que sus catacumbas poseen una cierta belleza, una belleza subterránea, pero añade que esa belleza es también demoniaca. Esa obra despierta en Bloy la impresión de que ha llegado el final de los manantiales y bosques, de los amaneceres y atardeceres del Paraíso, la impresión de la muerte del alma humana en general.

Significativa de este espíritu que aguarda el Juicio, esta inscripción de un reloj de sol: «Es más tarde de lo que crees».

París, 6 de marzo de 1943

Por la tarde en casa de Poupet, en la Rue Garancière. En su buhardilla, que está abarrotada de libros y pinturas, encontré al novelista Mégret, con quien yo había mantenido correspondencia en tiempos de paz, y a la Doctoresse. Ojalá que perduren largo tiempo islas como esta.

Sigue causándome molestias el ligero dolor de cabeza con que se inició el presente año, cuyo comienzo, sin embargo, me llenó a la vez de una fuerte confianza en un giro hacia tiempos mejores. Fácilmente olvidamos en épocas de debilidad, de melancolía, que todo resultará bien a la postre.

Dicho para nosotros los varones. Colocados entre dos mujeres, nuestra situación puede ser similar a la del juez en el juicio de Salomón — pero nosotros somos a la vez el niño. Hemos de otorgarnos a la mujer que no quiera partirnos.

París, 9 de marzo de 1943

Por la tarde en una proyección de la vieja película surrealista *Le sang d'un poète*, para asistir a la cual me había enviado Cocteau una entrada. Ciertas escenas me hicieron recordar, bien que solamente por su disposición externa, mi proyecto titulado *La casa*.^{*} Por ejemplo,

^{*} Sobre el proyecto de Jünger *La casa* puede verse el esquema que de él traza

las miradas por el agujero de la cerradura a una serie de habitaciones de hotel. En una de ellas se veía, repetido en dos versiones, el fusilamiento de Maximiliano de México; en otra, la lección de vuelo que se le impartía a una jovencita con el auxilio de un látigo. El Universo, una colmena de celdillas secretas, en la que se desarrolla la inco nexa contigüidad de los diversos segmentos de una vida retenida por arte de magia en una rigidez maniaca. El mundo, un manicomio construido racionalmente.

Es peculiar de este *genre* el hecho de que fueran los surrealistas quienes descubriesen a Lautréamont y a Emily Brontë, así como su extraña predilección por Kleist, del que, al parecer, lo único que conocieron fue *Käthchen von Heilbronn*, pero no su ensayo *Sobre el teatro de marionetas*, en el cual dio su peligrosa receta. Otros, como Klinger, Lichtenberg, Büchner y el propio Hoffmann, no llamaron su atención. Cuando se mira lo que hay detrás, a la fuerza nos hacemos la pregunta de por qué no es el Marqués de Sade el Gran Maestro de esa orden.

París, 10 de marzo de 1943

A última hora de la tarde en casa de Baumgart, en la Rue Pierre-Charon, para jugar nuestra habitual partida de ajedrez. En este juego adquirimos el conocimiento de la superioridad del espíritu, no de la superioridad absoluta, desde luego, pero sí de una superioridad particular, de una especie de coacción lógica, y de la sorda reacción de quien la experimenta. Esto nos da una idea de los sufrimientos de los tontos.

Al regreso, de acuerdo con mi costumbre, iba caminando con rapidez en la oscuridad y he tenido una dolorosa caída al chocar con una de las vallas protectoras instaladas delante de los edificios oficiales para prevenir los atentados. Aún no somos enteramente razonables mientras nos ocurren accidentes como ese; de nuestro interior es de donde salen tales lesiones. Las cosas que nos lastiman de ese modo lánzanse hacia nosotros como si vinieran del fondo de nuestra imagen reflejada en un espejo.

«Cementerios secretos»: una expresión de la etimología moderna. Para que el contrincante no desentierre y fotografíe los cadáveres, se

en *Radiaciones I* (Tusquets Editores, n.º 45/2 de la colección Tiempo de Memoria), págs. 249-250 Y, en este volumen, pág. 155. (*N. del T.*)

los esconde. Tales pependencias propias de lémures son un indicio del monstruoso crecimiento de la maldad.

París, 11 de marzo de 1943

Comida en casa de Florence Gould. Allí, Marie-Louise Bousquet, que nos ha informado de su visita al estudio de Valentiner:

—Con un regimiento de jóvenes como él los alemanes habrían conquistado Francia sin disparar un solo cañonazo.

Luego Florence, sobre su actividad como enfermera en una sala de operaciones en Limoges:

—Me resultaba mucho más soportable ver la amputación de una pierna que la de una mano.

También, sobre el matrimonio:

—Yo puedo vivir bien en el matrimonio; eso es seguro, pues he estado casada felizmente dos veces. Solo con Jouhandeau haría una excepción, ya que él ama a las mujeres horribles.

Jouhandeau:

—Es que a mí no me gusta que me hagan las escenas con cuentagotas.

París, 12 de marzo de 1943

Lectura: *Contes magiques*, de P'Ou Sounng-Lin. En este libro, una bella imagen: un literato que se ve obligado a cortar leña en unos bosques remotos pone en ello tanto empeño que le salen en las manos y en los pies «ampollas que son como capullos de gusanos de seda».

En una de las historias del libro aparece un medio con el cual resulta posible averiguar si nos las habemos con una diablesa. Se expone al sol el ser de cuya condición humana se duda y se mira si falta una parte de su sombra.

De la importancia que eso tiene nos enteramos enseguida, con ocasión de una infame jugada que una de esas magas le gasta a un joven chino. En un jardín sabe enloquecerlo de tal manera que el chino la abraza, pero inmediatamente después cae al suelo, profiriendo un terrible grito de dolor. Ocurre que lo que el joven ha abrazado es un gran leño, con un agujero donde se hallaba al acecho con su aguijón un escorpión venenoso.

Entre los chistes que corren por el comedor del hotel Raphaël hay algunos muy buenos, como el siguiente:

Die Butterquote wird steigen, wenn die Führerbilder entrahmt werden.
[Aumentará la ración de mantequilla cuando se les quite el marco a los retratos del Führer.]*

Tal vez haya cronistas que lleven un diario de los chistes que han ido haciendo compañía a todos estos años. Merecería la pena, pues su orden de aparición es muy instructivo.

Hay también una descortesía estilística, que se hace patente en giros como, por ejemplo: *nichts weniger als* [cualquier cosa menos] o *ne pas ignorer*. Se parecen a nudos que hacemos en el hilo de la prosa y cuyo desenredo dejamos al lector. Los pequeños granos venenosos de la ironía.

París, 14 de marzo de 1943

Por la tarde en casa de Marcel Jouhandeau, que habita un pequeño inmueble en la Rue du Commandant-Marchand; de los rincones de París es esta una calle que me agrada de manera especial hace ya tiempo. Con su esposa y con Marie Laurencin estuvimos sentados en el jardincito; a pesar de que su extensión es poco mayor que la de un pañuelo, había en él una inmensa cantidad de flores. Su esposa hace pensar en una de esas máscaras que encontramos en viejas aldeas rodeadas de viñedos. No nos hechizan tanto por su mímica cuanto por la rigidez que irradia de sus rostros de madera, pintados de colores chillones.

Recorrimos la vivienda, que, aparte de la pequeña cocina, tiene una sola habitación en cada una de las plantas de que consta — abajo un pequeño salón, en medio el dormitorio, y arriba, casi como un observatorio astronómico, una biblioteca dispuesta como cuarto de estar.

Las paredes del dormitorio están pintadas de negro y ornamentadas con motivos dorados; los muebles son chinos, de laca encarnada. La visión de aquella alcoba silenciosa resultaba opresiva; a Jouhandeau, sin embargo, le gusta permanecer en ella, y es también allí

* El chiste, cuya gracia se pierde en la traducción, está en que *entrahmen* significa propiamente «quitar la nata» (*Rahm*), pero en esta frase puede entenderse también como «quitar el marco» (*Rahmen*) a los retratos de Hitler. (*N. del T.*)

donde trabaja de madrugada, mientras su esposa sigue durmiendo. Estuvo contando muy bellamente cómo van despertándose uno tras otro los pájaros y cómo se relevan en sus melodías.

Más tarde llegó también Heller y nos sentamos en la biblioteca. Jouhandeau nos enseñó sus manuscritos —me regaló uno—, sus herbarios, sus colecciones de fotos. En una carpeta con fotografías de su esposa había también algunas de los tiempos en que ella era bailarina y en las que aparecía desnuda. Pero esto me asombró poco, pues yo sabía por los libros de Jouhandeau que su mujer se mueve de ese modo por la casa, sobre todo en verano, y que recibe así a los proveedores, a los obreros o al empleado del gas.

Conversaciones. Sobre el abuelo de la señora Jouhandeau, que era cartero y se levantaba a las cuatro de la mañana para cavar su viña, antes de ponerse a repartir el correo.

—El trabajo en aquella viña era su oración.

Aquel hombre consideraba el vino como un medicamento para todos los males, como una panacea, y se lo daba incluso a los niños cuando estaban enfermos.

Luego, sobre las serpientes. Un amigo de la casa llevó una vez a ella una docena, que se dispersaron por la vivienda; durante meses se las encontró debajo de las alfombras. Una de las serpientes tenía la costumbre de trepar al atardecer por el pie de una lámpara; se enroscaba al talle de la pantalla, que era el sitio más caliente.

Una vez más ha vuelto a quedar confirmada allí la impresión que en mí causan las calles, edificios y viviendas de París: son archivos que contienen una sustancia tejida con vida antigua, archivos llenos hasta el borde de piezas de convicción, de recuerdos de toda índole.

A última hora de la tarde visita a Florence, que está en cama; se ha lastimado un pie en casa de Céline. Contó que este autor, a pesar de sus enormes ingresos, se halla siempre sin dinero, pues da todo el que tiene a las prostitutas que acuden a su consulta para que les cure sus enfermedades.

Si quedasen destruidos todos los edificios, aún perdurarían, sin embargo, las lenguas; estas son castillos encantados que poseen torres y almenas, así como criptas y pasadizos antiquísimos que nadie explorará jamás. Allí, en aquellos pozos, mazmorras y minas será posible permanecer y quedar perdidos para el mundo.

Acabado de leer los *Contes magiques*. En este libro me ha causado alegría esta frase:

«Aquí abajo los únicos hombres capaces de un gran amor son los que poseen un espíritu elevado, pues solo ellos no sacrifican la Idea a los encantos exteriores».

París, 17 de marzo de 1943

A propósito de *El trabajador*. El dibujo es exacto; con todo, esa obra mía se parece a un medallón bien acuñado, pero al que le faltase una de las caras, la de atrás. En una segunda parte habría que exponer que los principios dinámicos descritos en el libro se encuentran subordinados a un orden estático de rango superior. Cuando la casa está amueblada salen de ella los fontaneros y los electricistas. ¿Pero quién será el dueño del edificio?

¡Quién sabe si todavía encontraré tiempo alguna vez para retomar el hilo de esa obra! De todos modos Friedrich Georg consiguió dar un paso significativo en esa dirección con su libro *Las ilusiones de la técnica*. Eso muestra que somos verdaderos hermanos, aún no separados en el espíritu.

La sangre y el espíritu. Su parentesco, tantas veces comprobado, se refleja también en su composición, por cuanto la diferencia entre los corpúsculos sanguíneos y el suero tiene también su correspondencia en el campo del espíritu. En él cabe distinguir un estrato material y un estrato espiritual, un doble juego del mundo de las imágenes y el mundo de los pensamientos. Pero en la vida ambas cosas se hallan estrechamente enlazadas y solo raras veces se separan la una de la otra. Las imágenes van rodando en la marea de los pensamientos.

De manera análoga cabe distinguir una prosa suerosa y una prosa corpuscular; en el enriquecimiento de la prosa con imágenes hay grados, hasta llegar al estilo jeroglífico de Hamann. También hay fusiones extrañas, como ocurre en Lichtenberg. El suyo es un estilo de imágenes roto por el intelecto, una especie de mortificación. Para seguir con la misma comparación podría decirse que ambos elementos se habían disociado antes el uno del otro y que luego fueron mezclados y agitados para lograr una síntesis artificial. La ironía va necesariamente precedida siempre de una ruptura.

París, 20 de marzo de 1943

Al mediodía conversación con el Presidente* acerca de las ejecuciones; él, por su condición de fiscal jefe, ha visto muchas. Sobre los tipos de verdugos; a este trabajo se presentan sobre todo personas cuya profesión es la de matarifes de caballos. Quienes siguen decapitando con el hacha muestran un cierto orgullo de artistas frente a quienes lo hacen con la guillotina; son conscientes de que su trabajo es un trabajo hecho a mano y a medida.

En la primera ejecución bajo Kniébolo: el verdugo, que se había quitado el frac para decapitar a la víctima, se presentó en mangas de camisa, la chistera ladeada en la cabeza, el hacha goteando sangre en la mano izquierda, la derecha levantada para el «saludo alemán», y dijo:

—Ejecución cumplida.

Los anatomistas del cerebro, deseosos de examinar lo antes posible el cráneo y el contenido del cráneo, están al acecho del golpe cual buitres carroñeros. Una vez, antes de la ejecución de un hombre que se había ahorcado en la celda, pero al que habían descolgado aún con vida, se los vio agolpados en tropel al pie del cadalso. Se asegura que, precisamente después de esa forma de tentativa de suicidio, se manifiesta en la vida posterior del individuo una enfermedad mental específica y que esa predisposición apunta ya tempranamente en ciertas alteraciones del cerebro.

Por la tarde en Saint-Gervais; hoy es la primera vez que he entrado en esa iglesia. Las estrechas callejuelas que la rodean conservan intacto un fragmento de Edad Media. Lo insustituible de estas edificaciones: cada vez que una de ellas es destruida queda destruido también un trozo de nuestras raíces. En la capilla de Santa Filomena, santa que yo no conocía. En ella he visto una colección de corazones de los cuales brotaban llamas como de botellines redondos; muchos eran de cobre, algunos, de bronce, y pocos, de oro. Me pareció un buen sitio para meditar sobre el giro con el que comenzó este año en el Cáucaso.

El 29 de marzo de 1918 una granada disparada por el «cañón de París» alemán atravesó las bóvedas de esta iglesia y mató a un buen número de fieles que estaban celebrando allí la festividad del Viernes

* *El Presidente*: el capitán Max Hattingen, adversario de Hitler y responsable de la sección «Prisioneros de guerra» en el Estado Mayor del comandante en jefe de las tropas de ocupación alemanas en Francia. Tenía su despacho, igual que Jünger, en el hotel Majestic, en la Avenue Kléber. (*N. del T.*)

Santo. A su memoria está dedicada una capilla especial, cuyas ventanas se hallan adornadas con una banda que lleva esta inscripción: *Hodie mecum eritis in paradiso.*

Luego en los muelles del Sena, para ver libros. Es siempre una hora que me serena de manera especial, un oasis en el tiempo. He adquirido *Le procès du Sr. Edouard Coleman, gentilhomme, pour avoir conspiré la mort du Roy de la Grande Bretagne.* Hamburgo, 1679.

Según me ha contado Florence, Jouhandeau ha dicho, a propósito de mi visita a su casa, que soy *difficile à développer.* Tal podría ser el juicio de un fotógrafo de almas.

Moisson, 21 de marzo de 1943

Salida en tren para Moisson, adonde me han enviado a hacer un curso de instrucción. Desde la estación de Bonnières fuimos luego a pie a lo largo del valle del Sena y veíamos elevarse a nuestra izquierda, en la otra orilla del río, una cadena de acantilados cretáceos. Delante de ellos se alzaban el castillo y la fortaleza de La Roche-Guyon y también un solitario campanario, que ha sido levantado sobre las bóvedas de la iglesia subterránea de La Haute Isle, construida en una caverna.

Me alojo en casa de un anciano clérigo que se llama Le Zaire; es jesuita, ha pasado su vida en China levantando allí iglesias cristianas y ahora ha dedicado el resto de sus días a esta parroquia, situada en un suelo pobre y no ambicionada por nadie. Aunque es ciego de un ojo, la mirada de este hombre resulta agradable como la de un niño. He tenido con él una conversación acerca de los paisajes y he averiguado que su opinión es que no vale la pena viajar lejos, ya que en todas partes se encuentran las mismas formas — según él, unos pocos modelos son la base de todas ellas.

Es el pensamiento que corresponde a alguien que se ha retirado del mundo, a alguien que ama la vida allende el prisma y que también podría decir que no merece la pena observar el espectro, dado que su haz de colores está ya contenido en la luz solar. A eso habría que replicar, sin embargo, que, al otorgársele al ser humano el haz de colores, se le otorga a la vez, como un regalo precioso, la visibilidad de estos.

Esta conversación me ha hecho recordar una de mis dudas de otros tiempos: si no ocurrirá que, al regresar a la unidad, perdemos un goce que únicamente el tiempo y únicamente la variedad pueden

depararnos, y si no se hallará la razón de nuestra existencia precisamente en el hecho de que Dios ha menester de la individuación. Es un sentimiento que he tenido muchas veces al mirar los insectos y los animales marinos y todos los prodigios inauditos de la marea de la vida. Profundo es el dolor que se experimenta al pensar que un día habrá que decir adiós a todo eso.

Frente a lo anterior cabe decir que, al retirarnos de este mundo, obtendremos unos órganos que no conocemos, pese a que se hallan predispuestos y preformados en nosotros, como lo están, por ejemplo, los pulmones en el niño que la madre lleva en su seno. Igual que se seca el cordón umbilical, así se secarán también los ojos del cuerpo; seremos dotados de una facultad de visión nueva. Y de igual modo que *aquí* vemos los colores en lo dividido, así veremos *allí*, con un goce superior, su esencia en la luz indivisa.

A última hora de la tarde conversación sobre el Este y también sobre el canibalismo; alguien aseguró que se ha observado especialmente la degustación de los testículos. Parece que lo que subyace a eso no es la mera hambre; así, según se dice, se ha capturado a partisanos que llevaban en su mochila testículos con fines de trueque, para cambiarlos por cigarrillos, por ejemplo.

Ante tales rasgos zoológicos o también demoniacos de la zona más baja me viene siempre a la mente Baader, con su teoría de que las doctrinas puramente economicistas llevan forzosa y necesariamente al canibalismo.

Moisson, 23 de marzo de 1943

Goces nuevos que he descubierto aquí en Moisson: la visión de la flor del melocotonero; en esa flor se produce un maravilloso despertar del adormecimiento invernal — es como una mariposa que abre sus alas al salir de la oscura crisálida. Ese brillo nuevo enaltece el suelo árido de los campos y las paredes grises de los edificios, que quedan alegres por un tenue velo de color. Con todo, esa flor rosa es más escasa que la blanca, y, sin embargo, es tanto más flor cuanto que brota de la rama desnuda. De ahí también que sea más significativa la impresión que ella deja en el ánimo. El delicado telón con que inicia el año sus juegos de magia.

Además, el fuego por la mañana en la chimenea. Por la noche preparo en la fría habitación un montón de leña, con sarmientos

secos y tarugos de encina, al que luego prendo fuego por la mañana, media hora antes de levantarme. La visión del fuego encendido, con su calor y sus rayos luminosos, levanta el ánimo y alegra el comienzo de la jornada.

Moisson, 26 de marzo de 1943

Por la mañana ejercicios en el seco páramo: está cubierto de líquenes de color verde y de color gris blancuzco y en él crecen acá y allá algunos abedules y también pinos. Un movimiento en espiral vuelve a confrontarnos con las cosas ya vividas y de ese modo las superamos — no es que se nos vuelvan insignificantes, es que se transforman para nosotros en material para triunfos más altos. Eso es lo que a mí me sucede con esta primera y esta segunda guerra. Se dice que al morir vuelve a pasar ante nosotros el curso de nuestra vida — entonces lo contingente queda santificado por lo necesario. Se imprime en ello un sello superior, tras haberse fundido en el dolor el sello de cera.

Hacía ya bastante calor en aquel páramo con sus grupos de pinos. A la luz del mediodía he visto pasar zumbando a mi lado un animal que me ha parecido extraño; era un ser que movía unas alas de cristal en un resplandor opalino y suavemente rosa, y que arrastraba tras sí, cual colas o banderas, unos cuernos largos, bellamente curvados. Pero luego he reconocido en ese animal el macho del acantocino, *Acanthocinus aedilis* L., cuyo nombre popular alemán es «chivo de habitación»; era la primera vez que lo veía volar. Hay una gran dicha en esas visiones, que son rápidas como el rayo; en ellas vislumbramos honduras secretas de la Naturaleza. El animal aparece en su esencia auténtica, en sus danzas mágicas y con la armadura que Natura le ha otorgado. Es uno de los goces extremos que la consciencia puede depararnos. Nos adentramos en las profundidades del sueño de la vida y participamos en la existencia de las criaturas. Es como si hasta nosotros saltase una chispa desde ese placer nada común, desde ese placer desprovisto de reflexión que las colma.

Por la tarde he hecho por segunda vez la excursión a La Haute Isle y a La Roche-Guyon, en compañía de Münchhausen y de Baumgart. En este paisaje, con sus abruptos acantilados cretáceos, llenos a menudo de cavernas, que van haciendo compañía al curso del río y que lo dominan cual tubos de órgano, hay un rasgo que permite notar que ya en tiempos remotos lo habitaron seres humanos. En La Roche-Guyon se hace patente la sucesión de las épocas — en rocas

blancas, cubiertas de hiedra, se ven las oscuras bocas de cavernas profundas, con amplias galerías, algunas de las cuales sirven todavía de graneros y establos; vienen luego, al lado mismo de ellas, las desmañadas fortalezas del tiempo de los normandos; y por fin, en la parte delantera se muestra el orgulloso castillo con sus torres, tal como ha ido creciendo en el curso de siglos más benignos que este. Por debajo de todo ello se conservan todavía, sin embargo, a manera de sótanos profundos en que morase el espíritu de los tiempos primitivos, las cavernas; contienen bandas de pedernal y acaso tesoros, oro y armas, personas asesinadas, antepasados de estatura gigantesca y hasta dragones en no pocas de sus galerías secretas y hundidas. Es algo que incluso al aire libre se nota, como una presencia mágica.

París, 27 de marzo de 1943

Regreso a París en tren a última hora de la tarde, tras haber estado haciendo por la mañana, junto a la chimenea, unas cuantas anotaciones suplementarias en este diario. En el hotel Raphaël he encontrado ya montones de correspondencia con motivo de mi cumpleaños — primero he leído las cartas de los simples conocidos y de los miembros de mi «clientela», luego las de las personas de una mayor confianza, y por fin las de los próximos, sobre todo las cartas de Perpetua y Friedrich Georg.

Perpetua me comunica sueños suyos. En uno de ellos echaba una red para coger un pez y lo que en vez de él sacaba del agua, con grandes esfuerzos, era un ancla, y encontraba, arañadas en ella, estas palabras: *Persischer Diwan, 12.4.98. Rimbaud an seine letzten Freunde* [Diván persa, 12 del 4 del 98. Rimbaud, a sus últimos amigos]. Rascaba la herrumbre que cubría el metal y veía que el ancla estaba hecha de oro puro.

No nos es lícito imputarnos el rango de las personas más próximas a nosotros. Lo que en él se pone de manifiesto es que se hallan en un suelo bueno, en el sitio adecuado. De igual manera, la deslealtad de discípulos, de amigos, de amantes, es algo que habla en contra de nosotros. Eso ocurre más todavía en el caso de su suicidio: este es el testimonio de un terreno inseguro. Si, como Sócrates, caemos en desgracia, es preciso que aún sea posible un último simposio.

París, 28 de marzo de 1943

En el estudio de Valentiner. Me ha traído de Berlín una carta de Carl Schmitt con un sueño que anotó para mí en horas mañaneras. En la carta, también, una cita en *El secreto de la sal*, de Oetinger:

«Tened en vosotros sal de paz o seréis salados con otra sal».

Esto me ha hecho recordar mi imagen del congelarse y deshelar-se, a la que me referí días atrás.

París, 29 de marzo de 1943

Dado que la noche pasada hubo un adelanto de una hora en los relojes, entré de un salto en el nuevo año de mi vida. En un papel, que encontré luego al levantarme, había garabateado, en el momento de despertarme de un sueño, estas palabras:

Evas Plazenta. Der Mad(t)reporen-Stock.

[La placenta de Eva. El polipero de mad(t)réporas.]

Si no recuerdo mal, la idea era aproximadamente esta: el cordón umbilical físico es cortado, el metafísico permanece. Eso hace que del fondo de la marea de la vida vaya creciendo un segundo árbol genealógico, invisible. Las venas de ese árbol nos mantienen unidos siempre y gracias a ellas nos hallamos también en comunión con cada uno de los que alguna vez vivieron, con todas las generaciones, con todos los ejércitos de los muertos. Estamos entrelazados con ellos por un fluido que retorna en los sueños y en las imágenes que vemos en los sueños. Sabemos los unos de los otros más de lo que cada cual vislumbra.

Dos son las maneras que tenemos de propagarnos: la gemación y la cópula. En la segunda nos engendra el padre; en la primera descendemos única y exclusivamente de la madre y nos hallamos insertos en un contexto que está siempre verde. En este sentido hay, para la humanidad entera, un único día de nacimiento y un único día de muerte.

Es cierto que el *mysterium* de la procreación posee también un polo paterno, dado que en cada una de ellas se produce un acto espiritual; y es esa una circunstancia que, en su cumbre más alta, ha de encontrar expresión en la procreación del Hombre absoluto. Tanto por lo que concierne al lado masculino como por lo que se refiere al lado femenino de su origen, «el hombre» corresponde, pues, a la posibilidad más extrema.

Por cierto que también en las parábolas de la Escritura cabe leer ese origen doble. Cabe dividir las parábolas en las que prevalece la procedencia material y parábolas en las que prevalece la procedencia espiritual: el hombre aparece como azucena, como grano de mostaza y de trigo, pero también aparece como heredero del cielo e hijo del hombre.

A las nueve de la mañana me telefoneó Speidel desde Járkov; él fue de ese modo el primero en felicitar me, a través de la enorme distancia. La jornada ha transcurrido de forma serena y agradable. Cenado con Heller y con Valentiner en casa de Florence, a la que conocí hace hoy exactamente un año. Hemos reanudado la conversación que entonces mantuvimos acerca de la muerte.*

París, 30 de marzo de 1943

A última hora de la tarde en la casa donde se aloja el teniente Von Münchhausen, al que conocí durante las maniobras en Moisson. Lo mismo que los Kleist y los Arnim o los Keyserling en el este de Alemania, Von Münchhausen descende de una de nuestras estirpes espirituales y eso es algo que se le nota. En casa de Von Münchhausen encontré también a su médico, el profesor Salmanoff, un emigrado ruso.

Sentados ante la chimenea, conversaciones sobre enfermos y sobre médicos. Después de Celsus, en cuya casa estuve hospedado en Noruega, y de Weizsäcker, que me trató brevemente en Überlingen, es Salmanoff el primer médico con ideas generales con que me tropiezo y bien me gustaría ponerme en sus manos. Es un hombre que parte de la totalidad y, por ello, también de nuestro tiempo como totalidad — de él dice que es un tiempo enfermo. Según Salmanoff, a la persona singular que vive en este tiempo le resulta tan difícil estar sana como a una gota de agua en un mar agitado por la tempestad no estar en movimiento. Un mal específico de nuestro tiempo lo ve él en la tendencia a las convulsiones y a los espasmos.

—Gratis lo es la muerte.

Esto quiere decir que es preciso ganarse la salud que uno tiene, y ganársela precisamente mediante un esfuerzo común del enfermo y el médico. La enfermedad suele comenzar en el enfermo como un

* Véase E. Jünger: *Radiaciones I* (ed. citada), pág. 306. (*N. del T.*)

mal moral, que luego se propaga a los órganos. Si el enfermo no muestra voluntad de curarse en ese estrato moral, el médico ha de rechazar el tratamiento; lo único que haría sería cobrar unos honorarios que no se ha ganado.

Salmanoff tiene setenta y dos años y ha estudiado y ejercido la medicina en casi todos los países europeos y en varios escenarios bélicos; siendo ya de edad avanzada y habiendo alcanzado el grado de catedrático en una universidad, abandonó la medicina académica con el fin de volver a dar una base práctica a sus conocimientos. Uno de sus pacientes fue Lenin. Según Salmanoff, la causa de su muerte fue el aburrimiento. La capacidad esencial de Lenin era la de conspirar y formar pequeños grupos revolucionarios — una vez que llegó al escalón más alto y estuvo en posesión de una autoridad no cuestionada por nadie, se encontró en la situación de un jugador de ajedrez que no tuviese contrincantes o en la de un funcionario excelente al que jubilasen antes de tiempo.

Los honorarios esenciales de Salmanoff consistían en que, cuando visitaba a Lenin, podía entregarle un pedacito de papel en el que estaban escritos los nombres de personas encarceladas, cuya liberación se disponía posteriormente. Fue también Lenin el que le proporcionó a Salmanoff el pasaporte con el que él y su familia pudieron emigrar de Rusia.

Salmanoff no cree que sea posible lograr la victoria sobre los rusos; pero asegura que estos saldrán de la guerra modificados, purificados. La ofensiva alemana contra Rusia podría haber tenido éxito si hubiese estado sustentada en una moral más alta. Por lo demás, predice una alianza entre Rusia y Alemania para dentro de pocos años.

París, 31 de marzo de 1943

Durante el descanso del mediodía en el Musée de l'Homme; una y otra vez me deja asombrado su duplicidad: espiritualidad racional por un lado y artes mágicas por el otro. Lo veo como una medalla nítidamente troquelada, hecha toda ella de un metal antiquísimo, oscuro y radiactivo. En correspondencia con eso el espíritu se halla sometido a una acción doble — a la acción de la inteligencia ordenadora, sistemática, y a la acción también de la radiación invisible de la sustancia mágica acumulada por aquella.

A última hora de la tarde, en el hotel Raphaël, partida de ajedrez

con Baumgart. A continuación charla con él y con Weniger, el cual estuvo conmigo en 1915 en Monchy; entonces era artillero. Ahora visita la tropa para pronunciar conferencias y sondear luego, en conversaciones nocturnas, al cuerpo de oficiales; opina que alrededor de los generales más significativos existe hoy un movimiento que hace pensar en el dicho del Evangelio de San Mateo: «¿Eres tú el que tenía que venir o debemos aguardar a otro?».

París, 1 de abril de 1943

Comida en casa de Florence, donde vi a Giraudoux y a Madame Bousquet. Florence me regaló, para mi colección de autógrafos, una carta de Thornton Wilder.

Cartas. Resulta notable el hecho de que a las mujeres de que más cerca me siento las escriba a vuela pluma, dando muy poca importancia al estilo. Es algo que tal vez se base en el sentimiento de que tales cartas son casi superfinas. Se está en el asunto.

Me esmero, en cambio, cuando escribo a Friedrich Georg, también a Carl Schmitt y a dos o tres más. Ese esfuerzo se asemeja al que haría un jugador de ajedrez que considerase decisivo a su contrincante.

París, 2 de abril de 1943

Por la tarde en la Rue Lauriston para tomar un café turco en casa de Banine, mahometana procedente del Cáucaso meridional cuya novela *Nami* he leído hace poco.* En esa novela he encontrado pasajes que me han hecho pensar en Lawrence y también una similar desconsideración con respecto al cuerpo y a la violencia ejercida sobre él. Es notable que el ser humano pueda distanciarse tanto de su cuerpo, de sus músculos, nervios, tendones, cual si el cuerpo fuera un instrumento hecho de teclas y cuerdas — escuchando atentamente, como un extraño, la melodía que de él arranca el destino. Estas dotes encierran siempre en sí el peligro de una vulnerabilidad especial.

* Véase *Radiaciones I.*, pág. 378. (N. del T.)